

Se presentaban los parientes y los amigos de ocasión, y la misma respuesta obtenían.

Más si el viaje general se excusaba, no pasó lo mismo con el capitán Alfredo Garza Jiménez. Este más franco hizo declaraciones:

—Después de la caída de Jonacatepec—comenzó diciendo—ocasionada por el Cura del lugar que sirvió de parlamentario entre nosotros y los zapatistas, los jefes y oficiales prisioneros, incluso el general Aguilar, fuimos conducidos á la hacienda de Chinameca, lugar en que se encontraba Emiliano Zapata.

—Algo he oído de eso, pero y ¿cómo pensaron ustedes en rendirse, teniendo más de trescientos hombres y contando hasta con ametralladoras? dijo el Corresponsal.

—La de malas, “chaparrito,” los zapatistas eran muchos y estaba muriendo gente que daba miedo, el Cura nos propuso suspendiéramos un momento el fuego mientras se “arreglaba algo” y mi General accedió.

En aquel momento se precipitaron por el corral del convento que nos servía de fortaleza, los endemoniados zapatistas. No hubo tiempo de repeler el ataque. Los jefes se “destantearon,” comenzó la confusión y el desorden en las filas y los gritos de “¡sálvese el que pueda!” Los soldados corrían arrojando las armas para quedar expeditos.

Aislados y casi solos con un pequeño grupo de soldados, nos cogieron al General y á mí y poco después estábamos presos en unión de los demás oficiales. Creímos llegada nuestra última hora, pero no fué así por fortuna.

--Y ¿es cierto que los trataron bien?

—En efecto, nos llenaron de consideraciones, obsequiándonos con un banquete dizque para probarnos que no nos tenían odio porque íbamos á combatirlos.

Y ¿cómo lograron evadirse?

—Pues verá usted; el 22 de abril nos expidieron á cada uno un salvo conducto para que no fuéramos molestados, aquí está. Y Garza Jiménez desdobló un pliego de papel escrito en máquina que decía:

“República Mexicana. Ejército Libertador del Sur y Centro. El capitán primero Alfredo Velasco Jiménez, tiene que transitar libremente. Lo que se comunicó á los jefes y oficiales del Ejército Libertador, para su conocimiento y debido cumplimiento; y todo aquel que no obedezca esta orden superior, será castigado con la ley de verdad.

“Reforma, Libertad, Justicia y Ley.

(Firmado) EMILIANO ZAPATA.”

—Bueno ¿y luego?

—De Chinameca nos proporcionó el Atila del Sur una escolta para que me condujera á la hacienda de Buena Vista. Allí hicimos alto y el Cabecilla Ramo que comandaba la escolta, nos entregó al rebelde Zamora, éste nos llevó hasta Santa Mónica entregándonos al terrible cabecilla Francisco Pacheco.

A este individuo le notamos malas intenciones desde un principio por más que nos aseguraba que nuestra vida no corría ningún peligro. Con él fuimos á Ocuililla permaneciendo en ese lugar cinco largos días y luego regresamos con él á Santa Mónica con el grueso de las fuerzas de Pacheco, chupándonos 24 días sin que se nos diera la prometida libertad.

Así las cosas, llegó al campamento un espía zapatista llevando la noticia de que las fuerzas federales se acercaban. La situación era peligrosa para nosotros, sin embargo, un rayo de esperanza penetró en nuestro corazón. Nerviosamente esperamos el momento en que se iniciara un combate para aprovecharnos de la confusión y escapar y reunirnos con nuestros camaradas.

Pocos momentos después de saberse la noticia nos hizo comparecer Pacheco ante él y nos corroboró que las fuerzas del Gobierno estaban cerca y nos dejaba seguir el camino que más nos conviniera, exhortándonos de paso á abrazar la causa del zapatismo.

Pedimos tiempo para pensarlo y reunidos todos convenimos en abandonar el lugar sigilosamente, fijando un punto apartado de la población para vernos más tarde á fin de no inspirar sospechas pues creímos firmemente que Pacheco no nos dejaría en libertad de ninguna manera, y sus promesas eran vanas.

Ya reunidos todos, emprendimos el camino por veredas extraviadas, atravesando las montañas y tras de muchas penalidades, desesperados y hambrientos llegamos á Santiago Tlalquitenango, presentándonos al Teniente Coronel Noriega que nos envió á esta población.

Mi general Aguilar tiene una resistencia á toda prueba, apesar de su avanzada edad.

—Hágame Ud. favor de decirme los nombres de los demás compañeros,— interrumpió el Corresponsal, preparando su carnet.

—Teniente Coronel Jesús M. Ramírez, Mayor Pedro Gabay Ramírez, capitanes segundos Francisco Astilleros, Facundo Lezama y Antonio Espinos; tenientes Onésimo Jiménez, Filiberto Fernández y subteniente Gildardo Moreno; asistentes Bruno Guerrero y José Moreno Campos.

—Bien, muchas gracias.....

—De buena se han escapado Uds. decía admirado uno de los curiosos.

—Si amigos míos, yo desearía que no hubiese estado ninguno de Uds. en mi pellej, ¿cuántas penalidades para llegar aquí! Cuántos sufrimientos durante nuestra estancia en Santa Mónica! Hemos vivido de la caridad pública durante muchos días, pues los zapatistas de Pacheco nos negaban hasta los alimentos. Nuestras ropas despedazadas, nuestros piés casi descalzos, los semblantes demacrados traen impresas las huellas de las penalidades que hemos soportado.

¿Y los documentos? ¿Y los documentos que firmaron Uds? Cómo fué eso, me explica Ud.?—dijo el Corresponsal volviendo á la carga.

—Ya le dicho á Ud. bastante—respondió el Capitán con tono acre.

—¿Pero fué cierto aquello?

—No lo sé, dijo el interrogado, voltéandole la espalda al Corresponsal,
—Bueno, ya lo sabremos más tarde repuso el periodista sonriendo y sin de-
concertarse. Hizo un gracioso saludo y abandonó el lugar rápidamente.
—Son el diablo estos hombres,—refunfuñaron varios de los que escuchaban con
la boca abierta al Capitán.

Corrió con persistencia el rumor de que el general Higinio Aguilar, que lle-
gó á la capital, con once individuos de su Estado Mayor, después de haberse evadido
del campamento de Emiliano Zapata, según informó, sufriendo muchas penalidades
había desaparecido, á pesar de que varios representantes de la prensa lo buscaron
así como á algunos de los miembros de su Estado Mayor.

Los repórters se pusieron en campaña y lograron averiguar que el gene-
ral Aguilar había sido detenido por disposición de la Comandancia Militar, quedando
incomunicado en el cuartel de San Ildefonso, del cual fué trasladado al de Za-
padores, ya entrada la noche.

Al mismo tiempo fueron detenidos los once individuos que con él llegaron,
que se nombran oficiales de su Estado Mayor.

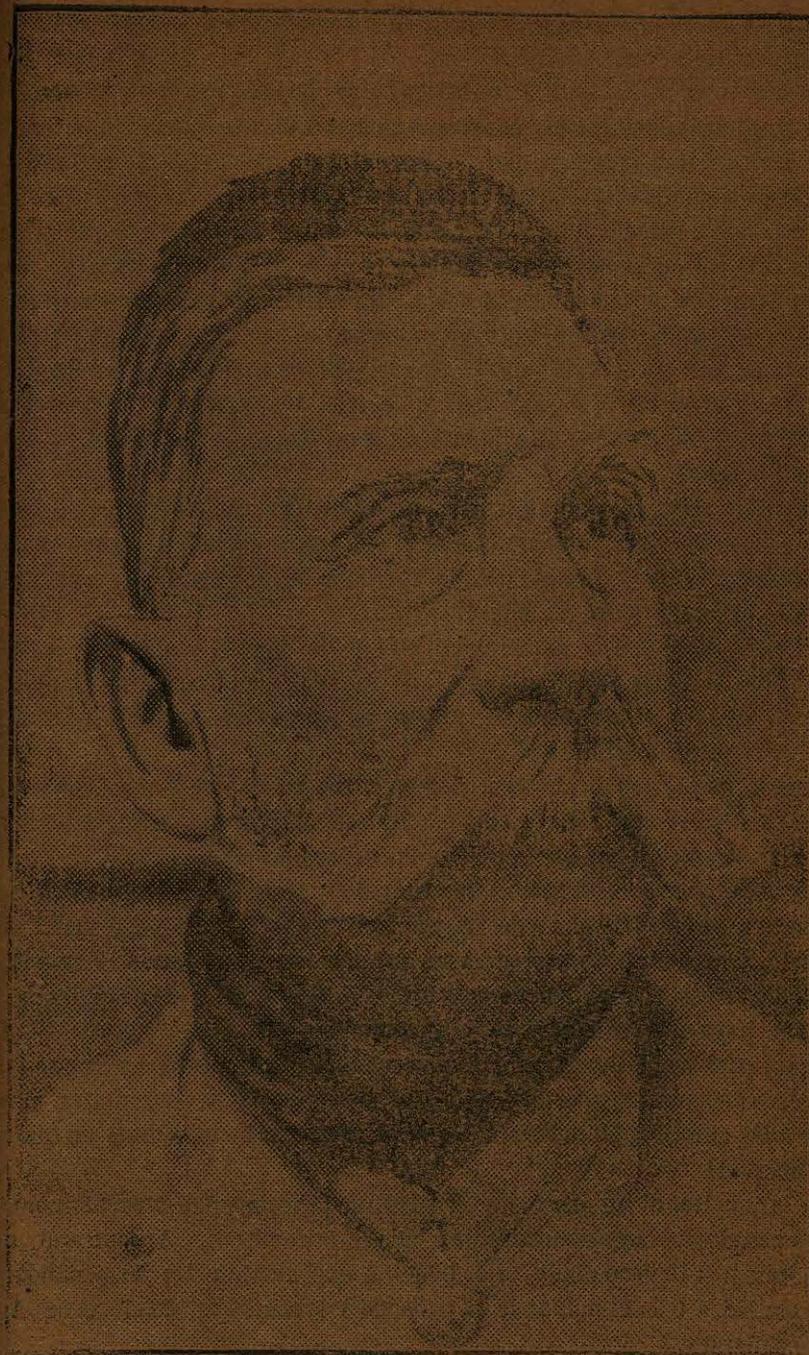
La causa de la detención obedece á que la Secretaría de Guerra no ha encon-
trado muy clara la conducta del general Aguilar, no solo en lo que se refiere
la entrega de la plaza de Jonacatepec, que debía haber defendido á sangre y fuego
desde el momento que, al rendirse con cerca de trescientos hombres que estaba
bajo su mando, los zapatistas se apoderaron de todas las armas, gran cantidad de
municiones y viveres, y de dos ametralladoras, elementos suficientes para resistir
el ataque no sólo de quinientos zapatistas, sino de dos mil.

Asimismo, en la averiguación que se practicará por las autoridades militares
se aclarará la causa por la que fué respetada la vida del General y de sus hombres,
cuál fué el objeto de que firmara una acta revolucionaria zapatista, y por qué me-
dios, todos ellos casuales y extraños, logró escaparse de las filas zapatistas con
once individuos, siendo que es muy raro que un hombre sólo, como el coronel Pa-
sual Orozco, no haya logrado también evadirse.

Todas estas declaraciones hará la Justicia para que la conducta del general
quede bien definida, á pesar de que el veterano se encuentra algo distraído, á ju-
gar por las contestaciones tan vagas que da cuando se le interroga sobre su cau-
verio.

Refiriéndose en este asunto á la rendición de la plaza de Jonacatepec, ya in-
camos que los individuos entrevistados, soldados todos ellos de las fuerzas derrotadas,
declararon que, una de las principales causas de la derrota, fué una traición
que les hizo el cura del lugar.

Este sacerdote, puesto en connivencia con los jefes de las hordas que atacaban
Jonacatepec, se presentó al convento que habían tomado como fortaleza para
defenderse, los soldados del general Aguilar, llevando una bandera blanca en señ-



General Higinio Aguilar

de parlamento, y varias niñas pequeñas á su lado, también vestidas de blanco, para indicar que iba en son de paz.

Los defensores de la plaza lo recibieron, y fué llevado á presencia del General indicándole el sacerdote que los zapatistas pedían por su conducto, una tregua de algunas horas, y que ordenara que cesara el fuego, con lo que se permitiría que salieran algunas familias de la población, llevándose á los niños y á los ancianos. "Yo le respondo á usted con mi vida, General—dijo el cura,—que lo que propongo será respetado por los zapatistas, y también le aseguro que ellos están en las mejores condiciones de parlamentar con usted para retirarse y dejar de atacarlo."

El general Aguilar ordenó, en vista de estas razones, que cesara el fuego; pero en este instante ya el cura había ordenado que se abrieran las puertas del corral que se encuentra á la espalda del convento, á los zapatistas, los cuales penetraron al edificio, sorprendiendo á la guarnición, y haciendo á todos los soldados y al general, prisioneros.

Este relato, del que seguramente se enteró de una manera oficial la Secretaría de Guerra, hizo que ésta ordenara que se procurara la aprehensión del curita zapatista, la que no se había logrado porque el curato de Jonacatepec quedó acéfalo, ignorándose el paradero del presbítero.

Sin embargo, la policía no desmayó en sus pesquisas, y el día 25, á las seis de la mañana, el señor Sotero Gómez, que así se llama el cura, fué aprehendido por algunos agentes de la reservada, en los momentos en que se dirigía pacíficamente á decir su misa á Catedral.

Desde luego fué conducido el prisionero á las oficinas de la 4a. Demarcación, dando aviso á la Secretaría de Guerra para que ésta determine el lugar en que deberá quedar detenido hasta que terminen las averiguaciones.

Uno de los oficiales que acompañan á Aguilar, porta un salvoconducto de Zapata que le fué extendido el 22 del pasado mes de abril. Sólo ese oficial trae salvoconducto, y ha extrañado sobremanera que siendo así, sus demás acompañantes hayan podido pasar tranquilamente por todos los lugares en que el zapatismo domina, sin que haya sido molestado en lo más mínimo,

Y aquí cabe una pregunta: Si el salvoconducto fué puesto en manos del que lo porta en aquella fecha, ¿por qué Aguilar y los suyos no se presentaron inmediatamente á las autoridades militares de la población más inmediata en que se le dejó en libertad?

Por otra parte, ni Aguilar ni los oficiales que lo acompañan presentan muestras de haber pasado por largos periodos de vigilia y de zozobras. Al contrario, no parece sino que han llevado una vida de holgura, exenta de todas las penalidades.

En verdad, á todo el mundo le ha parecido sospechosa la conducta de Aguilar y sus acompañantes.

Varios repórteres de los diarios metropolitanos se acercaron al general Aguilar

para entrevistarlo, cuando salía de la Secretaría de Guerra. Se negó á hablar de una manera terminante.

Solicitaron de nuevo otra entrevista y se encontraron con la negativa más rotunda.

En fuente autorizada hemos sabido que Aguilar y los oficiales que lo acompañaban comparecerán ante el juez militar que en la Comandancia abrió un proceso en su contra, cuando se supo en esta capital, que después de la derrota de Jonacatepec, se habían unido á los zapatistas. Son terribles los cargos que resultan á estos individuos, y seguramente que no saldrán muy bien librados.

También hemos sabido que se librarán órdenes respectivas al departamento de Justicia de la Secretaría de Guerra, para que se abra una averiguación que venga á poner en claro si la plaza de Jonacatepec fué entregada ante la imposibilidad de seguirla defendiendo y si en este caso se entregó conforme á las leyes del honor militar.

¿Por qué fué puesto en libertad Higinio Aguilar por los zapatistas? He aquí una interrogación cuya respuesta es bien difícil de dar.

El Coronel Pascual Orozco, padre, ha estado prisionero del Atila, en distintos lugares.

Se le quitaron sus armas, se le han hecho cargos, y ha escrito cartas dando la razón á Zapata y juzgando justa su actitud rebelde.

Ha recorrido Huautla, San Juan Chinameca, el Jilguero, diferentes cuevas y serranías; y noticias de que ha sido fusilado, se circulan frecuentemente.

Se le han cambiado custodios y vigilantes, y según son los que lo tienen, es el trato que recibe.

Zapata ha querido dejarlo libre, pero los demás cabecillas quieren conservarlo como rehenes, lo mismo que á sus acompañantes.

Ahora el General Aguilar vuelve nuevamente á combatir el Zapatismo, que entra en decadencia en Morelos por la tenaz campaña del General Robles.





Capítulo Vigésimo.

LA FAMILIA ZAPATA EN REHENES

En Villa Ayala.--La madre, esposa y suegra de Zapata prisioneras y en libertad.--Las tanteadas del "Atila."

En Villa Ayala, en plena canícula después de estos sucesos, la madre de Zapata, su esposa y otros parientes descansaban de sus faenas del día.

La anciana autora de los días de Emiliano y Eufemio, todavía conserva fuerte, es incansable en el trabajo y "andarina" como un reo indígena.

También monta á caballo, su energía se retrata en su semblante y refiere que ha sufrido algunas persecuciones de los federales.

—Oiga, madre, le decía un ladino zapatista que la ejercía de tanteada ante cerca de la familia del Atila, cuentan que se las van á llevar á Cuernavaca en prenda.

—Cállate, mala pécora, qué sabes tu de eso. Nosotras estamos en casita y nada tenemos que ver con lo que hacen nuestros hombres.

—Yo digo lo que oigo en el pueblo, y agregan que saben cuando viene por acá Emiliano.

—El General, se dice no le faltes al respeto.

—Pos si, mi General y muy que mi General.

—Estuvo un espía, dicen, lotro día.

—Si, y se alimentó con la suegra, con la tía Espejo que ya sabe que no se debe tomar en boca, según órdenes del "General."

—Si, hombre, si parece que la suegra le tiene á Emiliano más respeto que los sesos que mi propia nuera.

—Y la "Generala" acaba de ir á echar gira con el "General" por San Juan de Chinameca, vino con unos aretazos relumbrantes, unas botijas de las que no se conocían en el pueblo.

—¿Quién te ha contado tanto, hablador?

—La señá Juana, la que atiende á las visitas de la señora Espejo, la que sabe todo lo de la casa.

—Yo no sé de chismes y acorta tu lengua, porque si la señora de Emiliano sabe que la tomas en boca, ya te espera un disgusto gordo.

—Si yo..... no.....

—Tu no, y no haces otra cosa que inventarle á Emiliano y á su madre. Si el "General" lo sabe, el cólera que haga, te traerá una golpiza.

—¿Oyó usted, nana? entró tropa. . . . si, si, oiga cornetas. Ya tienen por usted y ¡quién sabe cuántos más!

En efecto, llegaron los federales á Villa Ayala y se apoderaron de la familia de Zapata, notificando á la madre, esposa y parientes cercanos del Atila, que los iban á llevar á Cuernavaca de orden superior.

No hubo lágrimas, ni súplicas, sino maldiciones contra el Gobierno. La familia se alistó en poco tiempo y manifestando que se cometía una injusticia de que ya se tomaría cuenta, se preparó para la marcha.

La serrana que conocimos auxiliando á Zapata, atendiéndolo con todo afecto, cuando fué herido por Rolando, se conserva todavía hermosa y sigue enamorada del Atila, de suerte que no le hacen mella los sufrimientos que tenga por él.

El viaje á Cuernavaca lo hicieron los presos lo más comodamente que fué posible á sus guardianes, que á la verdad trataron con atención á la familia del Atila.

La madre de éste siempre irritada, no cesaba de protestar á su modo.

—Esto de meterse con las mujeres, decía, no está bien. Mi nuera, y los demás de la casa no tenemos que ver con lo que haga Emiliano.

El es mayorcito y puede responder á los Juanes.

—Aconséjele, Señora, que deje esa vida, le manifestaba alguno de los que se hallaban á su paso.

—Bonita estaba yo en meterme en cosas de los hombres. Emiliano ha sido ocupado desde sus primeros años, de peón, de arrendador, de ballerango; le pagaban peor que á las bestias y lo cansaban al trabajo.

—Todos estamos parejos, unos en una cosa y otros en lo que toca.

—Si, eh? Pos cómo no va usted á cortar caña, á arrendar potros, á bañar caballos y á pasarse sudando todo el santo día para ganarse si quiera algo que apenas sirve para mal comer.

—Emiliano y Eufemio ganaban bien!

—Sí, hombre, apenas pa los frijoles y un bocado de carne de vez cuando y pa echarse un trapo encima.

—Yo le conocí á Emiliano buenos sombreros, ropa regular.

—Una ropita dominguera que para no enseñar el cobre había que tener casi todo el año guardada.

—Siempre tenía su pistola, no le faltaba fierrada en la bolsa y hasta me parece que algún billetito traía entre el pecho.

—Lo que ahorra, amarrándose la tripa.

—Y ahora ¿qué dirá?

—Unas vigas de rechupete. ¡Pobre de mi hijo! Capaz es de saltar y venirse á quitarnos de las garras de ustedes.

—¿Desde cuándo no ve usted á su hijo?

—Hace algunos días, pues venía seguido á vernos y traernos algunos regalitos y dormir sin un ojo abierto.

—¿Usted quisiera que su hijo se diera ya?

—Hombre, la verdad es que he pensado que ya trabajó mucho por la causa.

La esposa de Emiliano se manifestaba reservada y nadie pudo hacerla hablar, conservando cierta entereza y seguridad de que se les pondría en libertad en breve.

Otro de los parientes del Atila, detenido, fué más explícito.

No cesaba de calificar de injusticia haber tomado en rehenes á la familia de Emiliano.

Se refería frecuentemente á las buenas amistades que la señora Espejo, la suegra del "General," tenía en México, los servicios que prestaba en Villa Ayala, dando medicinas á los enfermos, asistiendo á los pasajeros.

Con cierta vanidad agregaba, que cuando este Jefe, aquel personaje habían pasado por el terruño, la señora Espejo los había colmado de atenciones y ellos se manifestaban reconocidos.

Y sucedió lo que se había dicho, los familiares de Zapata fueron puestos en libertad.

Nada se les pudo probar respecto de su complicidad en las fechorías del Atila y de México salió la orden para que se les dejara libres.

En Cuernavaca recibieron visitas y atenciones de mucha gente que ni conocían.

Las mujeres de la familia eran vistas con curiosidad, hasta con envidia y el viaje de regreso á su pueblo fué casi triunfal, saliendo á su encuentro los vecindarios del trayecto y vistiéndose Villa Ayala de gala para recibir á los "mártires" del zapatismo.

Emiliano y Eufemio Zapata habían estado entre tanto preparando sus hordas para tomar la revancha, pero durante la prisión de su familia, como que interrumpieron las correrías y depredaciones.

Apenas tuvieron noticias de la libertad de sus deudos, dieron rienda suelta á sus instintos de bandolerismo.

A Villa Ayala fué Emiliano á raíz de los sucesos, y persona que tiene motivos de estar bien enterada, asegura que la Espejo y su familia quisieron persuadir á Zapata de que dejara ya la revolución, valiéndose hasta de la influencia de otros parientes y de las ofertas que se le habían hecho en Cuernavaca.

El Atila por de pronto montó en cólera, y al fin calmado, dió

peranzas de procurar algún arreglo, de acuerdo con su hermano Eufemio y otros cabecillas.

Emiliano se despidió de su familia con la que permaneció algunos días en un paraje cercano al pueblo y cuidado por hombres de su mayor confianza.

Ya con su gente, comunicó á su hermano y á otros cabecillas lo que había tratado con su familia.

Eufemio no quería ni que se hablara del asunto, lo mismo que la mayoría de los cabecillas.

El Tuerto Moreles se inclinaba al arreglo, Salazar echaba rayos y centellas, Pacheco llegó hasta increpar al Atila y su suegra de andar en estas pláticas con el Gobierno.

Al fin de todo, Emiliano les dijo que era una "tanteada" pues él estaba escarmentado por la conducta del "Chaparrito" y no se sometería.

Ahora si creía que debían de entrevistarse con el Coronel Naranjo Gobernador de Morelos, con el Juez Ramos Martínez y los periodistas que tanto empeño tenían, para echarles muchas papas y ver que las publicaran.

Con reticencias se acordó que, en caso de haber conferencias fueran en el Jilguero.





Capítulo Vigésimo Primero.

CURIOSIDADES ZAPATISTAS.

Causa y origen de la revuelta en Morelos.--Antecedentes.--El trabajo rural.--Triste vida y triste porvenir.

Un viejo zapatista de Villa Ayala, que enfermo y mutilado se hallaba en el Estado de Puebla, ha informado en conversaciones que llevan impreso el sello de la verdad, cosas importantes y curiosas.

La causa principal de la revolución es la ignorancia.

Las huestes zapatistas antes se electrizaraban al grito de ¡Viva Madero! y después se pronunciaron contra Madero.

No solo con las armas en la mano se ayuda al zapatismo, pues los que facilitan parque, víveres, medicinas, dinero y noticias, son excelentes colaboradores.

En lo general los soldados de Zapata no saben por que pelean; unos por tener mujeres á su disposición, otros dinero, caballos y armas, siendo también muchos los que se han lanzado á la revuelta por venganzas.

Sobre los antecedentes de esta guerra algunas informaciones los hacen remontar muy lejos.

Después de la guerra de independencia, las autoridades de los pueblos repartieron entre los habitantes las tierras del feudo municipal, principalmente entre aquellos que prestaban sus servicios al pueblo, al guardaluces, los serenos, el sacristán, etc., y años después casi todos tenían su casita y un solar, así como huertas y terrenos de labor.

Los propietarios de las haciendas cercanas empezaron á codiciar

esos terrenos que además de que encarecían el jornal por la falta de brazos, sus cosechas las hacían más pequeñas.

Con el doble fin de ser poseedores de más tierras y atraerse á trabajar muchos peones por poco jornal, de acuerdo con las autoridades, que eran sobornadas por los terratenientes, robaron descaradamente grandes extensiones de terrenos á cambio de cuatro ó cinco pesos, que se obligaba á recibir al pobre propietario que después se convertía en peon de sus propias tierras.

Así hay haciendas que son más grandes que cuatro ó cinco pueblos juntos, en cuyos terrenos, además de los peones y sus familias, existen grandes poblados de seiscientos á mil habitantes, á quienes se alquilan, para sembrar, las tierras que la hacienda no puede laborar por su cuenta.

Dentro de esas haciendas hay rancherías con algunos centenares de habitantes que se dedican á la cría de ganado vacuno en pequeña escala, cobrando la hacienda tres pesos anuales por cabeza, y cosechan cada año, después de mil fatigas y trabajos, de veinte á cuarenta cargas de maíz, que generalmente venden á seis ó siete pesos cada una, y de cada veinte cargas tienen que entregar al hacendado seis y al propietario de la junta ocho, dando por resultado que aquellos infelices trabajan cinco ó seis meses por treinta y seis pesos. Y esto hace más de cincuenta años.

Entre las primeras pueden citarse á Miaatlán, San Ignacio, Acetopan, etc., y entre las segundas á Chavarría con 800 vecinos.

Al tomar parte los Zapata en la revolución de 1910, por consejos de un maestro de escuela y un tinterillo de Yantepec los artículos del Plan de San Luis que convenían á su objeto, fueron leídos y releídos en poblados y caseríos, añadiendo á los oyentes que las tierras volverían á ser de las familias cuyos antecesores las habían poseído y se halagó tanto á los analfabetas que los creyeron como al Cura del lugar, sin pensar en la imposibilidad de que se verificara tal reacción.

Las hordas zapatistas se componen de gente de todas edades, viéndose entre ellas desde niños de menos de catorce años hasta ya decrepitos de más de 75 años.

Todo este colmenar humano no sabe ni digamos escribir, ni leer, lo que se comprende por que en Morelos hay pocas escuelas y mal organizadas, teniéndose poca voluntad en hacer efectiva la enseñanza obligatoria.

Un hábil periodista da los siguientes datos sobre este ramo en dicho Estado:

En cada cabecera de distrito hay una escuela superior servida por maestros nulos (salvo honrosas excepciones), que cobran *dos pesos cincuenta centavos* diarios; en las cabeceras de municipio hay escuelas elementales, y en muchos casos el director, con *un peso diez centavos diarios*, tiene cuatro grupos á su cargo con una asistencia de sesenta á ochenta alumnos; y por último en las rancherías hay escuelas mixtas, llamadas de tercera clase con una sola profesora que gana *sesenta cen-*

tavos diarios. Con estos sueldos es imposible que haya buenos maestros, y más si se considera que en todo el Estado la vida es cara. Por otra parte, hay muchas escuelas que sólo figuran en los presupuestos, pues ni edificio, ni muebles, ni útiles, ni maestros hay en algunos lugares. De allí resulta que esos habitantes necesariamente son ignorantes.

Otro de los contingentes que dan aumento al zapatismo, son las venganzas contra autoridades civiles y militares que algunas veces por hacer algo, otras por malos informes é influencias y no pocas por represalias, ejercen persecuciones sobre gente pacífica, trabajadora é inocente, precipitándola á la revuelta ya para ponerse á salvo como para vengarse á su vez.

Durante la temporada de secas, es decir, de noviembre á mayo, la generalidad de los habitantes morelenses sirven á las haciendas cercanas en los trabajos del campo, barbecho de tierras, siembra, acarreo, recolección, riego, etc., percibiendo los peones un jornal mezquino después de trabajar de sol á sol.

Generalmente estos trabajos los pagan á razón de veinticinco centavos tarea de ocho surcos, trabajo rudo en que el peón está encorvado todo el día, y el más trabajador hace tres ó cuatro tareas, ganando así setenta y cinco centavos á un peso diario el más fuerte, jornal mezquino si se tiene en consideración que la vida en esos lugares es sumamente cara, puesto que en la región sólo es de relativa baratura el azúcar, el arroz y el alcohol, pues el maíz y el frijol tienen el mismo precio al mediano que en la capital y muchas veces superior.

La ropa es carísima, pues además de que es edíficil su transporte éste es caro y los efectos de mala calidad.

La gente del campo en Morelos vive en lo que se llama chinacales, especie de chozas reducidas, techadas de zacate, sin resistencia ni abrigo á la intemperie, mezclándose el humo y olores de la cocina con los humores de la gente sana y enferma, de los animales domésticos, saturando la atmósfera de miasmas deletereos que enferman á los sanos y agravan á los enfermos.

En cada "chinacal" junto á la estaca del perico, está el nido de la gallina, la zahurda del cerdo, el refugio del gato y del perro y los rincones para las criaturas al lado de las parejas matrimoniales. Promiscuidad que recuerda la edad de piedra.

No obstante la falta de cultura y de sociedad, esas gentes no son rehacias á la hospitalidad, su carácter está lejos de ser irascible, é paciente.

Con pasmosa resistencia sufren las inclemencias del tiempo y hambre, se contentan con un poco de maíz y frijol y un puñado de sal para vivir, son algo perezosos, en razón del clima y las enfermedades palúdicas, provenientes de lo pantanoso de algunos terrenos y de la proximidad de los sembrados de arroz y de la ausencia de la higiene en su vida; son dados á la bebida, ingiriendo grandes cantidades de alcohol de noventa grados con la misma facilidad que si fuera agua azucarada. Sin embargo hay algunos morigerados.



Capítulo Vigésimo Segundo

LAS HORDAS DEL ATILA

Los Jefes, los Secretarios particulares y los Estados Mayores.--"Titiches."--Los saqueos.--Protección y Recepciones.--Batallón femenino.

La organización de sus fuerzas no ha podido mejorarla Zapata, apesar de que lo ha pretendido ya por su propio criterio como por consejos que le han dado.

Ahora los Jefes principales son el mismo Emiliano, Genovevo de la O., y Eufemio Zapata.

Los demás son subalternos de éstos, siendo el primero considerado como el cabecilla supremo.

Sucede entre los zapatistas lo que en toda revuelta, pero aquí en mayor escala, que todos quieren mandar y ninguno obedecer.

Así hay Coroneles á centenares, siguen luego los Capitanes y los soldados rasos forman casi minoría.

Hay Capitanes que son asistentes de los Coroneles.

Los Jefes zapatistas tienen Secretario particular, Estado Mayor, siendo aquél algún rábula de pueblo, perseguido por la Justicia.

Por supuesto que el "Estado Mayor" es entre esa gente nulo para la guerra y se compone de hombres desalmados, capaces solo de "avanzar" un caballo, una mujer, un rifle y cuanto encuentran al paso, pero ineptos en el arte de la guerra por completo.

Los Secretarios particulares son generalmente los dispensadores de vidas, honras y propiedades que están á merced de ellos, cuando dan consejo y dirección á sus clientes.

Con los zapatistas van mujeres y hombres que solo toman parte en los saqueos, y estos se hacen en medio de una algarabía infernal.

tavos diarios. Con estos sueldos es imposible que haya buenos maestros, y más si se considera que en todo el Estado la vida es cara. Por otra parte, hay muchas escuelas que sólo figuran en los presupuestos, pues ni edificio, ni muebles, ni útiles, ni maestros hay en algunos lugares. De allí resulta que esos habitantes necesariamente son ignorantes.

Otro de los contingentes que dan aumento al zapatismo, son las venganzas contra autoridades civiles y militares que algunas veces por hacer algo, otras por malos informes é influencias y no pocas por represalias, ejercen persecuciones sobre gente pacífica, trabajadora é inocente, precipitándola á la revuelta ya para ponerse á salvo como para vengarse á su vez.

Durante la temporada de secas, es decir, de noviembre á mayo, la generalidad de los habitantes morelenses sirven á las haciendas cercanas en los trabajos del campo, barbecho de tierras, siembra, acarreo, recolección, riego, etc., percibiendo los peones un jornal mezquino después de trabajar de sol á sol.

Generalmente estos trabajos los pagan á razón de veinticinco centavos tarea de ocho surcos, trabajo rudo en que el peón está encorvado todo el día, y el más trabajador hace tres ó cuatro tareas, ganando así setenta y cinco centavos á un peso diario el más fuerte, jornal mezquino si se tiene en consideración que la vida en esos lugares es sumamente cara, puesto que en la región sólo es de relativa baratura el azúcar, el arroz y el alcohol, pues el maíz y el frijol tienen el mismo precio al mudeo que en la capital y muchas veces superior.

La ropa es carísima, pues además de que es difícil su transporte éste es caro y los efectos de mala calidad.

La gente del campo en Morelos vive en lo que se llama chinacales, especie de chozas reducidas, techadas de zacate, sin resistencia ni abrigo á la intemperie, mezclándose el humo y olores de la cocina con los humores de la gente sana y enferma, de los animales domésticos, saturando la atmósfera de miasmas deletéreos que enferman á los sanos y agravan á los enfermos.

En cada "chinacal" junto á la estaca del perico, está el nido de la gallina, la zahurda del cerdo, el refugio del gato y del perro y los rincones para las criaturas al lado de las parejas matrimoniales. Promiscuidad que recuerda la edad de piedra.

No obstante la falta de cultura y de sociedad, esas gentes no son rebacias á la hospitalidad, su carácter está lejos de ser irascible, é paciente.

Con pasmosa resistencia sufren las inclemencias del tiempo y hambre, se contentan con un poco de maíz y frijol y un puñado de sal para vivir, son algo perezosos, en razón del clima y las enfermedades palúdicas, provenientes de lo pantanoso de algunos terrenos y de la proximidad de los sembrados de arroz y de la ausencia de la higiene en su vida; son dados á la bebida, ingiriendo grandes cantidades de alcohol de noventa grados con la misma facilidad que si fuera agua azucarada. Sin embargo hay algunos morigerados.



Capítulo Vigésimo Segundo

LAS HORDAS DEL ATILA

Los Jefes, los Secretarios particulares y los Estados Mayores.--"Titiches."--Los saqueos.--Protección y Recepciones.--Batallón femenino.

La organización de sus fuerzas no ha podido mejorarla Zapata, apesar de que lo ha pretendido ya por su propio criterio como por consejos que le han dado.

Ahora los Jefes principales son el mismo Emiliano, Genovevo de la O., y Eufemio Zapata.

Los demás son subalternos de éstos, siendo el primero considerado como el cabecilla supremo.

Sucede entre los zapatistas lo que en toda revuelta, pero aquí en mayor escala, que todos quieren mandar y ninguno obedecer.

Así hay Coroneles á centenares, siguen luego los Capitanes y los soldados rasos forman casi minoría.

Hay Capitanes que son asistentes de los Coroneles.

Los Jefes zapatistas tienen Secretario particular, Estado Mayor, siendo aquél algún rábula de pueblo, perseguido por la Justicia.

Por supuesto que el "Estado Mayor" es entre esa gente nulo para la guerra y se compone de hombres desalmados, capaces solo de "avanzar" un caballo, una mujer, un rifle y cuanto encuentran al paso, pero ineptos en el arte de la guerra por completo.

Los Secretarios particulares son generalmente los dispensadores de vidas, honras y propiedades que están á merced de ellos, cuando dan consejo y dirección á sus clientes.

Con los zapatistas van mujeres y hombres que solo toman parte en los saqueos, y estos se hacen en medio de una algarabía infernal.